

ADAM BLADE

Busca Fieras



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

 DESTINO

CONVOL

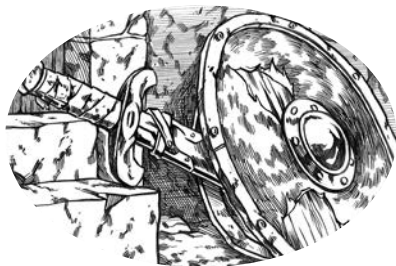
LA BESTIA DE SANGRE FRÍA

CONVOL,
LA BESTIA DE SANGRE FRÍA



ADAM BLADE

*Un agradecimiento especial a Michael Ford.
A mis hermanos pequeños Kodie y Phoenix:
¡dos monstruitos auténticos!
Con cariño de vuestra Hermana Mayor Regan.*



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Convol The Cold Blooded Brute*

© del texto: Beast Quest Limited 2010

© de la traducción: Macarena Salas, 2017

© de la ilustración de cubierta: Steve Sims - Orchard Books 2010

© de las ilustraciones de interior: Ovi@kja-artist.com
Orchard Books 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2017
ISBN: 978-84-08-17455-4
Depósito legal: B. 11.913-2017
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

UN REINO EXTRAÑO



El portal brillante los rodeaba y bañaba el túnel con una luz azulada. El viento movía la ropa de Tom a medida que se acercaba a Avantia. Miró a su alrededor. El pelo de Freya le cubría el rostro, Elena sonreía mientras se protegía de las ráfagas de aire y la túnica de Marc le golpeaba las delgadas piernas. *Plata* jadeaba contento, y *Tormenta* sacudía las crines y agitaba los cascos.

Pero Tom estaba preocupado.

El castillo del rey Hugo aparecía y desaparecía de la vista mientras avanzaban por el túnel mágico. En la punta del mástil que se alzaba en las murallas había una bandera negra. Una bandera que Tom no reconocía.

«¿Qué habrá pasado desde que me fui?», se preguntó el chico con un escalofrío.

Intentó dejar de preocuparse y se concentró en mantener el equilibrio en la corriente palpitante. Kayonia había quedado atrás, habían vencido a *Velmal*. Pronto estarían en casa y su padre, Taldón, les estaría esperando. La familia se reuniría al fin.

El resplandor azul desapareció y Tom vio que se acercaban a una zona de hierba alta. En cuanto sus pies tocaron el suelo, dobló las rodillas para amortiguar el golpe y salió rodando por la tierra. Oyó

el grito de Elena, que había caído a su lado.

El chico movió las piernas para comprobar que no se había roto ningún hueso y se puso de pie con cautela. Elena se sacudía la hierba de la ropa y se reía al ver a *Plata* aullando y saltando feliz por la pradera.

—Sí —le dijo al lobo—. ¡Ya estamos en casa!

Marc se puso de pie y se colocó bien la túnica. Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Estaban en una pradera cubierta de flores preciosas. *Tormenta* bajó la cabeza y mordió la hierba fresca y jugosa.

Freya sonrió.

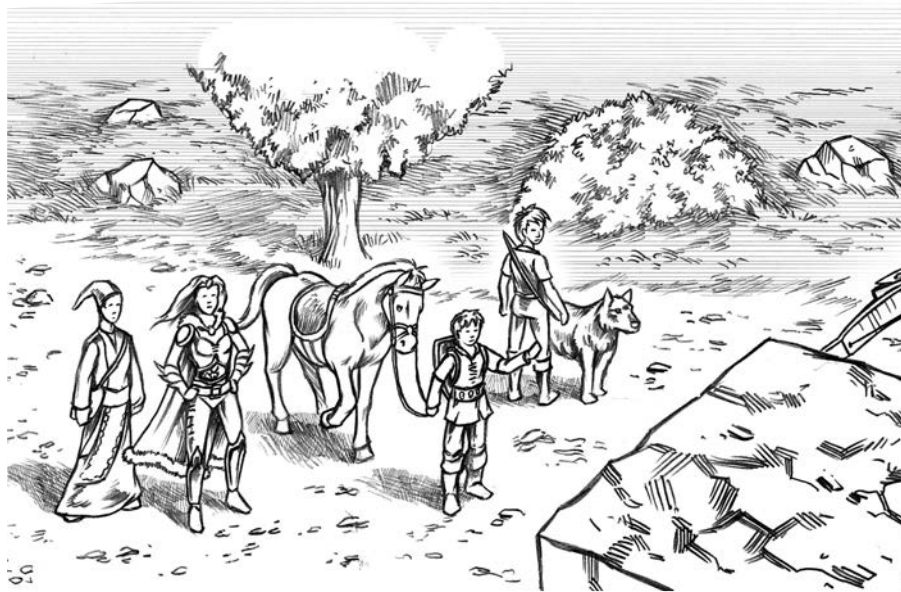
—Hacía tiempo que no pisaba este reino —comentó.

—El palacio del rey Hugo no está lejos, se encuentra detrás de esa pequeña cima —explicó Tom.

—¡Vamos! —dijo Elena.

Se pusieron en camino, con Tom en cabeza. Cuando llegaron a la cima de la colina, pudieron contemplar el palacio. Durante la última Búsqueda, Tom se había preguntado si volvería a ver sus altas almenas. Ahora estaba feliz, a pesar de la presencia de aquella bandera negra que se movía con la brisa.

A medida que se acercaban, Tom notó



otros cambios. Había muchos soldados en las almenas, con las armas preparadas. Desde las estrechas ventanas de las torres le pareció ver cientos de flechas que seguían todos sus movimientos. Tom estaba intranquilo.

—Parece que se encuentran en estado de alerta —observó Freya.



Elena estudió las ventanas con expresión seria.

—¿Estarán en guerra?

—No lo sé —confesó Tom intercambiando una mirada de ansiedad con Marc.

El aprendiz tenía los nudillos blancos de apretar con fuerza su bastón. La expresión de su cara parecía reflejar el presentimiento de Tom de que estaba pasando algo malo en Avantia.

El puente levadizo descendió y crujió como si fuera una mandíbula gigante. El agua del foso del castillo, que Tom recordaba limpia y cristalina, estaba ahora oscura y turbia.

—Espero que Taladón esté bien —dijo Tom.

Del castillo salieron tres guardias armados con lanzas afiladas. Llevaban uniformes negros con un reborde dora-

do y cascos plateados con una estrecha apertura para los ojos.

—¿Quién se atreve a entrar en el territorio del rey? —preguntó uno—. Habla inmediatamente o callarás para siempre.

Tom levantó las manos para indicar que no iba a causarles ningún problema.

—Somos amigos de Avantia —se justificó—. Venimos de tierras lejanas por un portal.

Los soldados se miraron entre ellos.

—Todos los viajeros deben reportar al rey —explicó uno.

Tom enderezó los hombros.

—Por favor, decidle al rey que Tom y Elena están aquí —dijo—. Venimos de Kayonia y nos gustaría hablar con él.

El guardia principal bajó la punta afilada de su lanza.

—Antes, entregad vuestras armas —ordenó.

Tom no quería hacerlo, pero se quitó el escudo del hombro. Elena lo miró alarmada y negó ligeramente con la cabeza.

—Tenemos que hacer lo que nos piden —le dijo Tom.

El chico se quitó la espada del cinturón. No le gustaba separarse de ella, y mucho menos del escudo que tenía los seis amuletos mágicos que había ganado durante su primera Búsqueda en Avántia. Elena entregó su arco y sus flechas, pero no sin advertirles que más les valía devolvérselos, y Freya les dio su espada de bronce con la empuñadura tallada. Marc levantó las manos para mostrar que lo único que tenía era su bastón, y el guardia asintió de mala gana.

—Muy bien, seguidme.

Los soldados los escoltaron hasta el castillo. No era el recibimiento que Tom había esperado.

Dentro, el aire era frío y húmedo. Trozos de musgo se extendían por las paredes. La gran cadena que sujetaba el puente levadizo estaba cubierta de óxido.

—La última vez que vine aquí esto no estaba así —comentó Freya.

—Lo mismo digo —asintió Tom.

Cuanto antes encontraran a Taladón y al rey Hugo, mejor.

En todas las puertas había soldados firmes que los miraban con cara de sospecha.

El grupo dejó a *Tormenta* y a *Plata* con un mozo de cuadras y subió a la torre donde se encontraba la sala del trono. Tom se dio cuenta de que los retratos de los valientes antepasados del rey Hugo ya no estaban colgados en las paredes. A lo mejor los habían enviado a restaurar...

Las grandes puertas que daban a la sala real estaban cerradas.

«Qué raro —pensó Tom—. Antes siempre las dejaban abiertas.»

Uno de los soldados llamó tres veces a la puerta con la empuñadura de su lanza.

—¡Adelante! —gritó una voz impaciente y enojada.

Las puertas se abrieron. Dentro, un inmenso fuego ardía en el hogar. La luz de las llamas formaba largas sombras oscilantes en la sala. El trono del rey Hugo se encontraba al fondo y en él estaba sentado un hombre con la cabeza cubierta por una capucha.

«Ese no es el rey Hugo...»

—¿Quién osa interrumpir mi paz? —quiso saber el hombre.

El grupo avanzó unos cuantos pasos y la luz de la hoguera iluminó sus caras.



Elena gritó:

—No puede ser...

A Tom se le quedaron las palabras atascadas en la garganta, pero consiguió decir una:

—¡Malvel!

